

RECENCIONES

George A. Bowdler y Patrick Cotter. **Voter Participation in Central America, 1954-1981. An exploration.** Washington: University Press of America, 1982, 262 páginas.

Bowdler y Cotter presentan una oportuna investigación sobre las elecciones y la participación electoral en Centroamérica. Este estudio es oportuno porque aparece justamente cuando la administración Reagan está haciendo del proceso electoral un mito democrático intolerable. Los resultados de la investigación son, en este sentido, irrefutables. He aquí una síntesis: en El Salvador se han celebrado elecciones regularmente, pero siempre acompañadas de represión militar; en Nicaragua se utilizaron para legitimar una dinastía de carácter despótico; en Guatemala, el régimen electoral ha estado acompañado del asesinato político y la marginación de los indígenas; en Honduras las elecciones siempre han sido irregulares, predominando las juntas militares de hecho y en Costa Rica han sido libres y honestas, pero se encuentran gravemente amenazadas por la aguda crisis económica del área.

Dado el papel imperialista desempeñado por los Estados Unidos apoyando incondicionalmente al militarismo, al fascismo y a la tiranía militar y su despreocupación por los derechos humanos, los autores afirman que lo único que se puede esperar es que los Estados Unidos apoyen a líderes democráticos moderados como ya lo ha hecho en Costa Rica y en otros países de fuera del área. Sin embargo, se les olvidó mencionar que tal apoyo depende exclusivamente del sometimiento también incondicional a los deseos de Washington, cosa que los militares han sabido hacer hasta ahora bastante bien, sin reparar mucho en la soberanía nacional y en el derecho a la autodeterminación.

La obra va presentando cada uno de los países centroamericanos ofreciendo al lector un panorama aceptable de los antecedentes históricos y una descripción complexiva de los principales agentes sociales (la economía, los militares, Estados Unidos, la Iglesia), sin olvidar mencionar algunos elementos más característicos de cada uno de los procesos históricos centroamericanos como la represión en El Salvador, la dictadura somocista en Nicaragua, la violencia y el asesinato político en Guatemala y el juego de los partidos políticos en Costa Rica. Todo ello proporciona el contexto correcto en el cual deben considerarse las elecciones tenidas entre 1954 y 1981. Los autores insisten de modo especial en los diversos patrones utilizados para el fraude electoral en El Salvador, Nicaragua, Guatemala y Honduras. De aquí se saca una primera conclusión importante, las elecciones por sí mismas no han proporcionado ni proporcionarán la democracia, dado el contexto histórico en el cual se han llevado a cabo. No es posible esperar un cambio en esto a no ser que se inicien procesos como el de Nicaragua a partir de julio de 1979.

Del análisis del caso de El Salvador se saca que siempre hubo elecciones cuyo resultado fue más o menos respetado hasta 1972. Desde entonces el sistema electoral y las libertades individuales han experimentado un deterioro notable hasta el punto de llegar a la guerra civil. Esta se ha profundizado gracias a la incapacidad de las administraciones Carter y Reagan para dar con la solución política correcta.

Ninguna de las elecciones patrocinadas por la dinastía de los Somoza puede ser considerada libre y honesta, aunque en algunas de ellas (1948 y 1962) hubo una participación popular considerable.

En Guatemala las elecciones han sido manipuladas por los militares desde 1956 para evitar la elección de un gobierno progresista, con un programa de centro-izquierda que incluya la reforma agraria. Mientras continúe el control militar sobre el Estado y los escuadrones de la muerte sigan operando impunemente como hasta ahora, no existe posibilidad alguna de alcanzar la democracia por las elecciones.

Honduras ha tenido sucesivas juntas militares hasta que a finales de 1981 se eligió un presidente civil. El desarrollo político democrático, sin embargo, será posible siempre y cuando los militares se retiren a los cuarteles, lo cual aún no han hecho apoyados por los Estados Unidos.

Por último, Costa Rica debe reacomodar urgentemente sus prioridades nacionales en términos de reformas sociales y económicas o acabará perdiendo su carácter democrático tan alabado internacionalmente.

De estas conclusiones parciales relacionadas con cada uno de los países del área se obtienen otras dos concernientes a la región entera. El obstáculo más grande para implantar regímenes democráticos a través de las elecciones ha sido la presencia activa de los militares y de los Estados Unidos.

La hegemonía de los militares en Centroamérica ha sido completa. En El Salvador han sido un gran instrumento en manos de la oligarquía; en Guatemala, han creado un nuevo tipo de fascismo gracias al ejemplo, apoyo y asistencia de los norteamericanos; en Honduras, siempre han sido la fuente de poder y en Nicaragua, la Guardia Nacional operó como un ejército personal de los Somoza.

Las repetidas intervenciones norteamericanas en nombre de la democracia, la libertad y el progreso no han dado los resultados esperados, al menos oficialmente. En Nicaragua los marinos impusieron un sistema electoral similar al norteamericano que en este medio sencillamente fracasó rotundamente. En lugar de democracia instauró la dictadura de una familia. En Honduras el incremento del profesionalismo de la fuerza armada a cargo de los Estados Unidos ha llevado consigo, simultáneamente, un aumento en su actividad política desplazando completamente a los civiles. En Guatemala, el apoyo incondicional de los Estados Unidos a los militares ha impedido el desarrollo de un proceso reformista democrático moderado. En definitiva, concluyen los autores,

la política norteamericana para Centroamérica está dictada por consideraciones estratégicas y militares e intereses comerciales exclusivamente. Todo lo demás es secundario y debe acomodarse a la prioridad número uno, incluso las elecciones y la participación electoral del pueblo.

B.V.

David Luna Desola. **Antropología centroamericana. Antología.** San José: EDUCA, 1982, 378 páginas.

David Luna (1929-1979) recopiló una serie de textos relacionados con la época prehispánica y colonial centroamericana con el objeto de poner al alcance de estudiantes y lectores no especializados algunos elementos importantes que conforman la identidad cultural de la región. En esta obra, EDUCA nos entrega, en segunda edición, la labor de Luna Desola. La antología tiene el doble mérito de recoger algunos textos y documentos relevantes y de ponerlos al alcance de un público no especializado en la cultura de la región. La perspectiva de la antología es exclusivamente culturalista. Se nota gran insistencia en proporcionar datos y descripciones, faltando al mismo tiempo, los elementos necesarios para su interpretación.

Indudablemente lo más interesante son los documentos reproducidos, la cosmogonía maya-quiché según el Popol Vuh, el Rabinal Achí, la relación del licenciado Palacio al rey Felipe II describiendo la provincia de Guatemala y los fragmentos de los Anales de los Cakchikeles, de la relación de las cosas de Yucatán de fray Diego Landa, de la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y de las Décadas de Pedro Mártir de Anglería. Junto a estos documentos el lector encuentra una serie de trabajos de valor muy diferente que pretenden encuadrar los documentos citados.

Aparte de la introducción general del autor donde hace una presentación de la antología, el lector añora una breve introducción a cada documento y una presentación de cada trabajo. Es desconcertante pasar de un texto a otro sin ninguna orientación sobre lo que se está leyendo. Un texto sigue a otro inmediatamente. Esta carencia se vuelve tanto más grave cuanto que la obra pretende ser de divulgación. El estudiante o el lector

no especializado desea ser introducido al texto, de lo contrario, pierde el interés y no capta su importancia.

También hubiese sido de desear una selección de textos más homogénea y menos arbitraria. Es difícil dar con el criterio que ha guiado a Luna Desola, fuera de proporcionar información interesante sobre las culturas centroamericanas. Estas dos carencias prácticamente desvirtúan la intención primera del autor de proporcionar un texto útil para la divulgación de la cultura centroamericana.

B.V.

María Dolores Suría. Guía para padres de niños sordos. Barcelona: Editorial Herder, 1982, 334 páginas.

Esta obra, cuya primera edición se publicó en 1974 y de la que se distingue por un mejor orden en la exposición y estilo, es un esfuerzo de Suría para "ayudar a un considerable número de padres de niños deficientes auditivos, que por diferentes circunstancias se hallaban marginados de cualquier posibilidad orientativa o pedagógica." Es más, no sólo sirve como manual práctico para los padres, sino que se transforma en un complemento eficiente para las personas que atienden a los deficientes auditivos en los centros de rehabilitación, así como a todo profesional de la educación.

Con un estilo claro, concreto, explica el fenómeno de la audición y la formación del lenguaje, basándose en conocimientos científicos hechos asequibles a cualquier padre de familia. La obra de Suría se lea con una gran esperanza y motivación, sobre todo por los padres con hijos deficientes auditivos.

Al presentar las causas de las alteraciones de la audición, Suría invita a los padres a que, en cuanto observen algún trastorno auditivo en su hijo, no lo consideren como fenómeno producido por retraso o pereza del niño, sino que busquen un diagnóstico en un centro especializado para así dar comienzo a su rehabilitación desde edad temprana.

A través de los diferentes capítulos la autora nos introduce en el conocimiento de las técnicas audiométricas, los tests más usuales y conocidos y en la interpretación sencilla de los datos que

presenta el audiograma, de modo que cualquier padre puede leerlo. Da algunas indicaciones sobre cómo prevenir la sordera, advirtiendo sobre los fármacos que agravan su lesión o que causan deficiencias auditivas. También se describen ejercicios y juegos destinados a rehabilitar el sistema auditivo, motivando a los padres a practicarlos con sus hijos de forma sistemática, no de vez en cuando.

Suría anima a que cualquier actividad de la vida hogareña se convierta en una clase de rehabilitación. La asociación de la imagen con el concepto, la semejanza de formas y colores, etc... todo ello puede desarrollarse con los utensilios de la cocina o de la sala del hogar. Esto permite a los padres convertirse en educadores y rehabilitadores de su hijo, si es que, éste no puede acudir a un centro de rehabilitación. Al transformar el hogar en un centro de rehabilitación, los padres participan con sus hijos en los ejercicios de lectura labial, entrenamiento sensorial, visual y táctil, etc.

La obra termina dando consejos prácticos para la vida del niño y exponiendo varios decretos legislados en España para la protección de los deficientes auditivos. Por tanto, **Guía para padres de niños sordos** no es un tratado teórico, sino como el título lo indica, un conjunto de pautas y normas que permiten a los padres de niños deficientes auditivos desarrollar el rol de rehabilitadores de sus hijos para una mejor inserción de éstos en la sociedad.

B.S.

Vladimir Lossky, Teología mística de la Iglesia de Oriente. Barcelona: Herder, 1982, 207 páginas.

Teología mística de la Iglesia de Oriente bien puede pasar por un manual introductorio de teología sistemática de la Iglesia ortodoxa. En palabras de su autor: "nos proponemos estudiar aquí algunos aspectos de la espiritualidad oriental en relación con los temas fundamentales de la tradición dogmática ortodoxa".

La exposición de Lossky no deja de tener una saludable dimensión polémica. En efecto, aunque su basamento doctrinal remite insistentemente a los escritos del Pseudo-Dionisio, San Máximo, San Gregorio Palamas, San Gregorio Nancianceno, San Gregorio Niseno y San Juan

Damasceno, los cuales pertenecen también a la tradición teológica del cristianismo católico occidental, Lossky defiende una tradición espiritual que hace considerable énfasis en la dimensión pneumatológica y mística de todo pensamiento teológico, al tiempo que deplora que en la tradición católica romana se haya aceptado con relativa pasividad un escisión entre teología y mística, con lo cual se llega "a poner en conflicto a los místicos y los teólogos, los espirituales y los prelados, los santos y la Iglesia". Tal escisión entre teología y santidad, más aguda a medida que aquélla se fue constituyendo históricamente en una disciplina desmedidamente racional y lógica, ha sido señalada también por diversos teólogos católicos modernos, como Von Balthasar, de modo que la acusación de Lossky, antes que asumirse como un reto para la polémica, debe ser considerada como una exhortación a la búsqueda de la complementariedad recíproca entre la teología y la mística. La teología cristiana, a diferencia de la mera gnosis, no puede consistir jamás en un conocimiento que se regodea en la contemplación de sí mismo, sino que está orientada en la unión con Dios, o deificación, que los padres griegos denominaron *théosis*.

El libro de Lossky intenta precisamente mostrar cómo la teología de la Iglesia ortodoxa de oriente se formula en la dirección de viabilizar esa deificación. Para la exposición de ello se le ofrecen dos caminos posibles: "colocarse en el terreno dogmático occidental y examinar la tradición oriental a través de la de occidente, es decir, criticándola; o bien presentar dicha tradición bajo el aspecto dogmático de la Iglesia de oriente". Lossky opta decididamente por la segunda alternativa.

Aunque reconoce que la teología oriental y la teología occidental son dos tradiciones locales de la Iglesia una, Lossky concede gran importancia a la disensión dogmática entre oriente y occidente. En su opinión, la separación entre ambas Iglesias no fue accidental, ni tampoco se debió primariamente a que se trataba de dos mundos históricos diferentes que tarde o temprano se separarían. La disputa dogmática no fue un pretexto para romper la unidad eclesiástica, sino que explica por sí misma la separación. Como, por otra parte, espiritualidad y dogma están inseparablemente ligados en la tradición de la Iglesia de oriente, Lossky quiere examinar con cierto espíritu sistemático algunas nociones básicas de teología fundamental y dogmática, como el

problema del conocimiento de Dios, la trinidad (y, dentro de ésta, la economía del Hijo y la economía del Espíritu Santo), el ser creado, etc., pero enfocadas siempre todas ellas desde la perspectiva de su aptitud para penetrar en el misterio inefable de Dios. En esta dirección, Lossky pone especial interés en mostrar las virtudes de la teología apofática sobre la catafática y en encomiar al apofatismo inherente a toda la tradición teológica de la Iglesia de oriente, aunque sin pretender hacer "teología comparada" ni resucitar viejas polémicas confesionales. En opinión suya, ello puede propiciar el diálogo entre ambas tradiciones cristianas, oriental y occidental, porque, como señala K. Barth, "la unión de las Iglesias no se hace, sino que se descubre".

C.A.

Heinrich Dumoulin, *Encuentro con el budismo*. Barcelona: Herder, 1982, 226 páginas.

Heinrich Dumoulin, jesuita alemán especializado en budología, director —hasta su jubilación en 1976— del instituto para las religiones del lejano oriente de la Sophia University de Tokyo, nos ofrece en este libro una aproximación, introductoria, pero suficientemente completa y precisa, a la situación doctrinal en que se encuentra actualmente el budismo.

La exposición general del contenido se hace desde la perspectiva de las distintas posibilidades de encuentro con el budismo que se le ofrecen al cristianismo actualmente, pero el examen de la coincidencia virtual entre ambas religiones no parece forzar el contenido doctrinal de ninguna de ellas. Dumoulin se muestra notablemente cuidadoso en evitar cualquier generalización precipitada. Su dominio riguroso de la panorámica histórica del budismo le permite discernir hábilmente la variedad de posiciones doctrinales que se han dado y continúan dándose al interior del mismo. En este sentido, se muestra conocedor experto del canon pali, así como de los distintos "vehículos" budistas: el Mahayana, el budismo zen y el moderno budismo Theravada, sobre los cuales concentra su examen. Referencias más breves se encuentran respecto del budismo hinayanico, y ninguna —al menos explícita— respecto del budismo vajrayánico.

El libro se inicia con una apretada síntesis histórica de tres notables contactos cristiano-

budista: el primero hace referencia al encuentro —posibilitado por las conquistas de Alejandro Magno— de la cultura helenística con los monasterios budistas de Ganghara, del cual surgió un arte greco-indio cuyas irradiaciones llegaron hasta China, Corea y Japón. Este encuentro determinó muy posiblemente que, tres siglos después, el incipiente cristianismo se topara en el mundo helenístico, particularmente en Alejandria, con ciertos elementos espirituales de inspiración budista que habrían influido quizá el monaquismo primitivo y la primera teología negativa cristiana. Todavía hace falta, sin embargo, examinar con rigor histórico la posible influencia budista sobre los orígenes del cristianismo, de modo que no hay que concederle a la afirmación de esta influencia más valor que el de su utilidad hipotética para estudios históricos ulteriores.

La interrelación budismo-cristiano, en cambio, es bastante más nítida en el segundo encuentro al que se refiere Dumoulin, que acaece hacia el primer tercio del siglo VII, cuando el cristianismo nestoriano empieza a penetrar desde el Asia Menor hasta Asia Central y China. La presencia de los nestorianos en China empalma con las travesías de Marco Polo y los primeros viajes asiáticos de los misioneros franciscanos, a quienes impresionó enormemente la vida ascética de los monjes budistas.

El tercer encuentro cristiano-budista se da a comienzos de la edad moderna, entre San Francisco Javier, primer misionero cristiano en Japón, y el budismo zen.

A continuación de la exposición de estos tres encuentros, Dumoulin emprende el examen comparativo entre diversas coincidencias temáticas alrededor de las cuales existe la posibilidad de entablar un diálogo fructífero entre budismo y cristianismo: el dolor, la caducidad y la contingencia; el no yo y la mismidad; la experiencia trascendental; la espiritualidad y moralidad existenciales; el amor cristiano y la compasión simpatética budista; el conocimiento y la fe en el camino de la liberación; la meditación budista y cristiana y el carácter personal de la realidad trascendente.

A través de la comparación entre ambas posiciones, Dumoulin indica las convergencias principales, al tiempo que descubre las posibilidades más hondas para el diálogo y desenmascara las impresiones y los malentendidos que han obstaculizado históricamente hasta el presente tal diálogo. Particularmente útil para este propó-

sito se muestra la escrupulosa cautela con que distingue la primitiva predicación de Shakyamuni —cuyo contenido originario no siempre resulta fácil de delimitar con precisión— de los desarrollos posteriores. En otros términos, Dumoulin plantea que las comparaciones no pueden efectuarse sin más entre el cristianismo y el budismo a secas, sino que se hace imprescindible precisar con qué escuela budista se dialoga.

A pesar de todos los distinguos, sutiles y prolijos, pero necesarios, la evaluación final de Dumoulin estima que hay una notable afinidad entre la experiencia trascendental budista de lo absoluto y la doctrina apofática de Dios, que atraviesa toda la teología cristiana desde los primeros padres de la Iglesia, hasta la moderna teología post-conciliar, pasando por las sorprendentes experiencias espirituales que la “vía negativa” alcanza en los grandes místicos medievales.

En síntesis, la obra de Dumoulin puede contribuir provechosamente a la apertura de criterio de una Iglesia católica que desde el Vaticano II ha tratado de reconocer —no siempre con éxito— que desde otras regiones del mundo, desde otras mentalidades y culturas distintas de la suya, también han brotado a lo largo de la historia caudalosos torrentes de verdad.

C.A.

M. Abdon. **El deseo de Jesús. La Eucaristía como mesa, palabra y asamblea.** Santander: Sal Terrae, 1983.

¿Desea Ud. reflexionar, orar y enriquecerse en una materia tan vital para el cristiano como es la Eucaristía? Obtenga esta novedosa y actual publicación de Sal Terrae.

Es obvia la importancia del deseo, no la mera veleidad en el corazón del hombre —el deseo ha perdido su timidez en la psicología moderna— y no pudo menos de soplar también en el corazón de Jesús. El se refirió en su vida al deseo impuro que ya enturbia el corazón del hombre y a su propio gran deseo de celebrar la pascua con los suyos. Este gran deseo explicitado por Jesús al calor de la última cena ilumina los aspectos fundamentales y originales de que se compone la presente publicación: la Eucaristía es mesa, la Eucaristía es palabra, la Eucaristía es asamblea. Por ser mesa interpela al hombre en su aspecto

económico, por ser palabra la interpela en su referencia cultural y por ser asamblea lo interpela en su relación política. Mesa y no solamente comida donde los hombres se abren a su verdadero deseo, como deseo de reciprocidad —primera parte; es palabra no por las lecturas que se exponen y comentan en ella, sino por sí misma y la acción que en ella se realiza —segunda parte; es asamblea en la que los hombres se abren a su ver-

dadero deseo de libertad —tercera parte. El autor en esta publicación original y a veces un tanto atrevida en sus afirmaciones no pretende agotar todos los aspectos de la Eucaristía, pero sí logra estimular nuestro deseo de sintonizar con el deseo de Jesús.

J.M.G.

